

Crítica publicada en el blog de Teatro Crítico Universal.

Link: <https://rgtcritica.wordpress.com/2016/01/26/raclette/>

Un sabroso gusto amargo

Roi Vidal Ponte

Que lo personal es político lo sabemos desde el feminismo radical de Kate Millett, cuyo manifiesto parece estar presente en la ideología de ciertas creaciones artísticas como ésta de Ibuprofeno Teatro en la que cinco personajes muestran sus miserias alrededor de una mesa con comida. La cena como ese lugar de encuentro con el otro, el puente entre el "yo" y "el" nosotros, el umbral entre lo privado y lo colectivo.

Santiago Cortegoso elaboró el que posiblemente sea su mejor texto con los pilares de las tragedias familiares de Eugene O'Neill y de los dramas burgueses de Henrik Ibsen. Logra que la espectadora se identifique con un plato en el que apenas hay acción dramática, sino conversas sobre opiniones y sentimientos alrededor de las verduras, la carne y el queso fundido al calor de reconocibles costumbres de la progresía más recalcitrante. Divide el argumento en dos escenas alternas y yuxtapuestas, creando un contrapunto refrescante entre la desgracia de la trama más íntima y la autoparodia cómica de la más social, ambas igualmente conflictivas.

La acertada elección del elenco enriquece una recepción de varias capas. Toni Salgado, cínico de por sí, encarna un actor de teatro que odia la televisión. Su mujer, productora de una serie, está representada por una contundente Déborah Vukusic. Su enfrentamiento es el de dos maneras de entender la interpretación actoral: como arte inconformista o como manera de ganar la vida a cualquier precio; mas también es el enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo, entre un teatro político anticapitalista que no tiene público y unas series de televisión aclamadas por la crítica como máxima expresión del arte en la actualidad. En la trama trágica, una contenida Iria Sobrado afronta con solvencia la debilidad de una madre al borde del llanto, mientras Salvador de él Río le da credibilidad al padre que se esfuerza por superar el trauma de manera inocente, obsesiva y desesperada. Y en medio de los dos planos, con una gran responsabilidad tanto en el aspecto cómico como en el trágico, está la firme y difícil interpretación de Marián Bañobre, entrañable en su recreación de una friki nada caricaturesca y emotiva en la ocultación de una culpa inesperada.

El origen televisivo del reparto está fundamentado por el mensaje que la pieza pretende transmitir: el cada vez más peligroso lugar que ocupan los medios de comunicación en una sociedad en la que la fama y la competitividad por conseguirla pueden provocar asesinatos paradójicamente inocentes. Sólo desde esa paradoja se puede aceptar la dudosa verosimilitud de un final a lo mejor demasiado conciliador, aunque resuelto con la emotividad y la belleza teatral propias de un film de Apichatpong Weerasethakul, cineasta tailandés cuyo gusto por lo espectral parece compartir Cortegoso, tanto por boca de sus personajes como en los pedazos de surrealismo de su puesta en escena.

La presencia de las espectadoras en el escenario confirma la intencionalidad política de esta rica visión sin condimentos de lo privado, evidenciando ese carácter de espejo social que acaso tiene que tener el realismo. La genialidad del dramaturgo, reconocida con el Premio Álvaro Cunqueiro del 2014, se cocina al fuego lento de una intriga guiada por la demorada dosificación de la información y en esa tan shakespeariana mezcla entre la tragedia y la comedia capaz de maridar

las amargas lágrimas de lo truculento con el discreto encanto de una burguesía tan snobista como la que no llena los teatros, en una propuesta escénica que adereza el dolor morboso de los melodramas de sobremesa con la sátira social del Oscar Wilde más mordaz, incorrecto y ácido, lo que insufla aire fresco a una propuesta de estética cosmopolita que puede llegar a ser la producción más importante de la temporada.